

## «El cuerpo se ha convertido en una especie de materia prima»

Entrevista a David Le Breton, antropólogo

El antropólogo y sociólogo francés David Le Breton intervino los días martes 19 y miércoles 20 de mayo de 2009 en el seminario «Antropología del cuerpo y el dolor», organizado por el Aula Manuel Alemán.

Fernando Herrera

*Fernando Herrera:* ¿Qué significa para usted, en tanto que ciencia humana, la antropología del cuerpo?

*David Le Breton:* A mi entender, la antropología del cuerpo nos envía al hecho de comprender de qué modo las sociedades humanas dan forma al cuerpo, a la corporalidad. Es decir, de qué manera lo social da forma a las emociones, a la expresión de las emociones, a la percepción sensorial, el modo de moverse del cuerpo, a la mímica, a las formas de movimiento en la comunicación, que difieren sobremanera de una sociedad a otra. La disciplina abarca una gran cantidad de fenómenos. Su centro estaría en investigar las diversas representaciones del cuerpo, las imágenes del cuerpo. Podemos trabajar también sobre el rostro, he escrito un trabajo sobre ello, y asimismo considerar el dolor, de qué modo se experimenta y se le da sentido. Se trata de un área de investigación que sobre todo indaga en la dimensión encarnada de nuestra presencia en el mundo.

**FH: ¿Qué desencadenó su interés por la corporalidad como cuestión de estudio, cuál fue su punto de partida?**

DB: Creo que el punto de partida de mi trabajo estuvo en que yo era un joven que se sentía mal en su piel, mal en su vida, y me interrogaba sobre la relación que mantenía con mi cuerpo. Me sentía un poco despegado, separado de mí mismo y del mundo. Al final de los años 70, con Jean Devignau en la Universidad de Tours, comencé a escribir una tesis en torno a la antropología del cuerpo. En aquel momento el tema me conducía a la cuestión del poder. Trataba de encontrar un punto medio entre, por una parte, los teóricos marxistas que criticaban el poder en los aparatos ideológicos del Estado, y, por otra, el pensamiento de Michel Foucault, que veía el poder por todas partes, en las relaciones de pareja, en la vida cotidiana... A mí me parecía que el poder era algo más complicado que todo aquello. En esa época me inspiré sobre todo en Antonio Gramsci, un filósofo marxista italiano muy particular. En mi tesis hablé del cuerpo de las mujeres. Eran los tiempos del feminismo. También escribí sobre la locura, sobre el cuerpo de las personas con capacidades especiales. Es decir que me preocupé sobre todo por espacios de conflicto, de cierto orden moral existente entre los años 70 y 80. Después de realizar mi tesis doctoral, publiqué un libro titulado *Cuerpo y sociedad*, y luego comencé a profundizar cada vez más, hasta llegar a un libro personalmente muy importante para mí, *Antropología del cuerpo y modernidad*, que era una suerte de caja de herramientas para los años que estaban por venir: Allí hay un capítulo sobre la percepción sensorial, otro sobre el cuerpo de los ancianos, sobre las personas discapacitadas, sobre el odio al cuerpo, cuestión que luego traté en *Adiós al cuerpo*. En tanto que estudiante, tenía la impresión de decir muchas cosas. No dejaba de preguntarme lo que podía añadir constantemente a mis estudios.

**FH:** ¿Por qué cree que es preciso dar una nueva dimensión a la corporalidad desde el punto de vista de las ciencias humanas? Quiero decir, ¿por qué redimensionar la mirada crítica sobre el cuerpo?

**DB:** Durante largo tiempo el cuerpo fue olvidado por las ciencias humanas. Evidentemente, hay que aplaudir la gran obra sobre la percepción de Merleau-Ponty. Asimismo, la obra de Michel Henry desde una perspectiva católica, religiosa, es muy importante... Pero, en las antípodas, la sociología y la antropología se han preocupado muy poco por el cuerpo, apenas lo han estudiado. Si uno ve los estudios de los años 70 sobre el tema se da cuenta de que provienen de la etnología. La sociología y la antropología, en los años 70 y 80, estaban en retroceso respecto de la cuestión. No habían integrado la posibilidad de acometer reflexiones sobre el cuerpo en profundidad. Al contrario, los trabajos de Marcel Mauss sobre las emociones y las técnicas del cuerpo, o del propio Georg Simmel, son muy reveladores. En cambio, desde la sociología parecía no haber demasiado interés en torno a la corporalidad. Ese interés aparece recién al principio de los años 80 en Gran Bretaña con los trabajos de Brian Turner, entre otros. En Francia, por aquellos años comencé a transitar algunos autores que venían de la historia, pero que reflexionaban asimismo sobre el mundo contemporáneo. También el italiano Humberto Galimberti trataba el tema. Me parecía que era preciso reintroducir el cuerpo como materia de estudio tanto en la sociología como en la antropología.

**FH:** ¿Cuál es, a su entender, la relación entre modernidad y cuerpo? ¿De qué modo la modernidad representa la corporalidad?

**DB:** La noción de modernidad es muy compleja. Algunos autores piensan que jamás hemos sido modernos. Bruno Latour, por ejemplo. Tenemos que definir lo que entendemos por modernidad. Por mi parte, diría que la modernidad es la expresión del mundo de las luces, es decir, el sentimiento de

comprender el mundo con una identidad sólida, con estratos sociales relativamente sólidos. Y una afirmación radical de la razón, de la racionalidad que pasa a dominar de un modo absoluto la organización social. Por su parte, creo entender que la posmodernidad adviene con la irrupción de la globalización, de la deslocalización, con un mundo donde todas las referencias se mezclan... Es Jean-François Lyotard quien caracteriza la posmodernidad como el fin de los grandes relatos sobre la humanidad, el fin de la racionalidad única, es el fin del comunismo, el fin del socialismo. Se daría allí una especie de fragmentación de todos los grandes imaginarios sociales que han conducido a los hombres desde el siglo XVII en adelante. Así, lo postmoderno es un mundo donde todo se mezcla. Es el mundo del *collage*, un mundo líquido, por tomar la fórmula de Zygmunt Bauman. Pienso que la relación del cuerpo respecto de este mundo a la vez moderno y postmoderno, se transforma. Pasa de una definición unívoca de la identidad y el sujeto, como la existente en los años 40 ó 50, al hecho de que hoy, de algún modo, somos distintos cada día, nos transformamos, ya no queremos estar aprisionados en una identidad inmóvil. Y el cuerpo, a raíz de todo ello, ha pasado a convertirse en una especie de materia primera de la que emergen personajes y personalidades múltiples. El cuerpo ya no es percibido como una matriz radical de la identidad, ya no es una raíz identitaria. El cuerpo, hoy en día, es más bien un pre-texto (así, con guión) proyectado hacia lo que vamos a hacer o construir a partir de él, de esta materia primera, que siempre es provisoria.

**FH:** De algún modo, en Occidente, la representación del cuerpo, a pesar de esa liquidez de la que habla, sigue manifestándose de acuerdo con expresiones tradicionales tales como la fuerza, el poder, la atracción individualista. Mientras que en otras partes del mundo la corporalidad no es una representación sino que se manifiesta como resistencia a esa misma violencia.

DB: En la actualidad del cuerpo coexisten ciertas prácticas y sus contrarios. A la vez se da la búsqueda, en el caso de algunos artistas por ejemplo, o de ciertas personas, de una singularización total del cuerpo, el interés por convertirlo en algo único en el mundo, algo propio. Todo lo cual coexiste con cierta fetichización de antiguos estereotipos en torno a lo femenino y lo masculino. Sabemos que la mujer ha quedado aprisionada en cierto estereotipo de la belleza, de la juventud, de la pasividad, mientras que los hombres siguen, de alguna manera, atados al ideal masculino de la virilidad, de la rectitud, de la voluptuosidad muscular y la arrogancia. Al mismo tiempo hay millones de jóvenes que buscan personalizar sus cuerpos con marcas de todo tipo. Me refiero a los tatuajes, al *piercing*, implantes u otras formas de intervención física. Vemos que se trata de un mundo con muchos contrastes. Coexisten personas que son muy diferentes entre sí, que mantienen vínculos muy diferentes con sus cuerpos. También están los planteamientos posthumanos, postbiológicos, cuyas pretensiones pasan por «zyborguizar» la carne con el metal, es decir, integrar al cuerpo procedimientos informáticos, tecnológicos, prótesis que van a convertir lo humano en algo inmortal, resistente a las enfermedades, etc. Se trata de una especie de mestizaje entre la carne y la tecnología. Pero más allá del mundo occidental nos encontramos con situaciones de miseria, de pobreza, de supervivencia. Me refiero a gran parte de África, América Latina, a gran parte de Asia, donde las personas lo que intentan es sobrevivir, buscar nuevos modos de relación con los demás, cercados por el dolor y el sufrimiento. Mientras que en Occidente fabricamos a nuestros hijos a través de la procreación asistida.

**FH: Usted ha estudiado en profundidad algo que acaba de señalar, el sufrimiento.**

DB: He trabajado sobre el tema en los últimos tiempos. Hace algunos años publiqué *Antropología del dolor*, que ha sido traducido al español, y mi próximo libro en francés seguirá desa-

rollando esa temática. ¿Por qué he trabajado con el dolor? Hay, evidentemente, una razón ética. El dolor es una percepción o experiencia sensorial que nos destruye, que nos abisma, que nos despersonaliza, que transforma al sujeto en su peor sentido. En el mundo occidental ha habido desdén por la cuestión del dolor. La tendencia central de la medicina francesa, y no hace mucho tiempo de ello, pasaba por dejar sufrir a la gente. No era una prioridad no hacerles sentir dolor. La prioridad de los médicos estaba en curar y resolver la patología del paciente. El dolor padecido era considerado como una especie de necesidad por la que había que pasar. Entonces, teniendo en cuenta la dimensión social del dolor, quise escribir sobre el tema para paliar ese olvido perpetrado por la medicina, que de algún modo se relaciona con objetos en lugar de hacerlo con hombres y mujeres, con personas en cualquier caso. También me interesé por la invención del cuerpo, por el paradigma de la anatomía, que aísla a la persona de su propia corporalidad. Digamos que la medicina ha asumido e interpretado el cuerpo como objeto de investigación olvidando a la persona que lo encarna, y el hecho de que el dolor haya sido olvidado por procedimientos médicos responde a ello. A pesar de que estemos hospitalizados, no dejamos de ser hombres y mujeres con aspiraciones, con deseos, con singularidades. En todas mis investigaciones sobre la cuestión hay sin duda una voluntad ética. También quise ver de qué modo una sensación tan íntima está marcada por lo social y lo cultural, por nuestra historia de vida, por el contexto en que nos situamos. Por ejemplo, un *body artist* que maltrata su cuerpo no está obviamente en la misma posición que una persona torturada, pero las lesiones orgánicas de ambas experiencias pueden ser las mismas. Y una persona que ha tenido un accidente en una carretera va a padecer las mismas lesiones de un modo completamente diferente. El dolor me apasiona en tanto que objeto antropológico, que demuestra la relatividad de las experiencias según el contexto y según las historias de vida de cada persona.

**FH:** ¿Considera que más allá de la construcción histórica del cuerpo existe una dimensión no histórica, es decir, ontológica o metafísica del mismo?

**DB:** A mi entender, si usted se refiere a categorías universales, yo me centraría en la dimensión del «sentido». La condición humana nos conduce al hecho de proyectar significaciones y valores sobre el mundo que nos rodea. Estas significaciones y valores muchas veces no coinciden, lo cual no quiere decir que no podamos comunicarnos los unos con los otros, juntos. Cuando viajamos, por ejemplo, quizá no hablemos la lengua del país que nos recibe, pero podemos comunicarnos con pequeños gestos, actitudes, reverencias, signos... Lo humano es universal, el encuentro con el otro puede no estar mediado por la cultura. Podemos perfectamente desconocer la cultura del otro y sin embargo llegar a lazos de amistad y solidaridad con ese otro. Lo que constituye a la condición humana es su condición simbólica.

**FH:** Usted interpreta su vocación de pensamiento como un deseo ético, transformador, según acaba de decir. ¿Cree que seminarios o encuentros con participación social como el organizado por el Aula Manuel Alemán pueden contribuir no sólo a la reflexión sino también a esa anhelada transformación?

**DB:** Sí, me agrada mucho esta pregunta. Investigo, escribo y me comunico con el anhelo de cambiar las cosas del mundo que me rodea. Deseo cambiar la mirada de las personas con que me encuentro en conferencias como ésta, de las personas que me leen o de los estudiantes que trabajan conmigo. No pretendo intervenir en los demás de un modo arrogante, sino hacerles pensar que el mundo es mucho más complejo de lo que creemos e imaginamos. Considero que mi trabajo se dirige a romper las evidencias, a desestabilizar hábitos sensoriales y de pensamiento. Intento hacer hincapié y transmitir la infinitud del mundo en que vivimos. Este mundo puede cambiar. No estamos aprisionados en nosotros mismos. He-

mos sido modelados por una educación y por una pertenencia social y cultural, pero al mismo tiempo a través del viaje, a través de encuentros con otras culturas, a través de prácticas de todo tipo podemos cambiar nuestro modo de relacionarnos con los otros y con nosotros mismos. La dimensión ética de lo que hago es esencial. Diría que «nada de lo humano me es extraño». Cuando estudio la situación de los adolescentes que se maltratan, que se cortan el cuerpo, lo que pretendo es comprenderlos, comprender su sufrimiento, su lucha y su incomodidad, y llegar a comunicar mi comprensión de los hechos. Como he dicho antes, comencé a interesarme por la antropología porque era un joven que no tenía una vida plena. Pero sabía que no estaba condenado a ser así, que podía cambiar a través de descubrimientos y una toma de consciencia que me daría libertad. Lo ideal sería que cuando alguien lee un ensayo, un artículo o un libro, saque alguna conclusión enriquecedora. Hay en mi obra una voluntad ética de cambiar el mundo, de cambiar la vida, de ampliar las posibilidades de vivir. Para mí esa debe ser la misión de la antropología.